

117

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR Y REDACTOR, — CARLOS GAGINI

ADMINISTRADOR,
FRANCISCO CALDERON h.

<p style="text-align: center;">Precio de Suscripción.</p> <p>En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero „ 1-50. „ „ „ Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50</p>	<p>EPOCA 2ª</p> <p>NUM. 26.</p> <p>San José, 10 de Abril de 1891.</p>	<p style="text-align: center;">Redacción y Admón.</p> <p style="text-align: center;">Frente á la oficina de telégrafos.</p> <p style="text-align: center;">SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.</p>
--	---	--

Juan Santamaría.

*Al incendiar el Mesón
halló la muerte abnegado
aquel oscuro soldado,
de los nuestros salvación.
¡Heroica, sublime acción
digna de inmortal renombre!
Hoy la hazaña de ese hombre,
que ciñe aureola de gloria,
levanta de nuestra historia
el pedestal con su nombre.*

C. G.

11 de Abril de 1891.

SUMARIO.

JUAN SANTA MARÍA, por C. Gagini. ESPLICACION, por L. R. EL HACHERO, por Félix Mata Valle. LA ODA AL NIAGARA, por F. Gavidia. SONE-TO, por *.*. SILVIA, por F. F. Noriega. SEGUNDA CUARESMA DEL DUQUE JOB. A LA LIBERTAD, por José H. García de Quevedo.

A NUESTROS.

SUSCRIPTORES.

Al comenzar la segunda época de "Costa Rica Ilustrada," su director, en vista de la imposibilidad absoluta de obtener grabados en el país, encargó la ejecución de algunos á la casa G. León y C^a, de Nueva York, y envió una colección de fotografías á Alemania con igual objeto. Después de aguardar inútilmente por varios meses, esta oficina acaba de recibir una carta de los señores León y C^a en la cual dicen que por ahora no les es posible dar cumplimiento á nuestras órdenes, á causa de una huelga de grabadores. He aquí el párrafo de la carta:

"Le remitimos (el valor de los grabados) en un talón endosado á usted y ya registrado y aceptado por el Banco. Obedece esta devolución á una continuada huelga de los grabadores, que ha hecho suspender de momento esta industria. En consecuencia los socios de la firma salen para Europa en busca de artistas contratados. Cuando queden arreglados estos detalles nos dirigiremos á usted."

—En cuanto á los grabados de Alemania, hemos recibido noticia de que ya han sido remitidos, pero no han llegado todavía.

Para evitar la irregularidad con que por este procedimiento se publicarían las ilustraciones, el director de "Costa Rica Ilustrada," don Próspero Calderón, que en estos días parte para Europa á estudiar el grabado, lleva consigo una magnífica colección de vistas de paisajes y edificios centro-americanos, retratos de los personajes más notables y de los tipos femeninos más bellos de las cinco Repúblicas. De suerte que dentro de dos meses y medio á lo sumo, comenzaremos publicar regularmente nuestros grabados, en la esperanza de que dejarán satisfechos á nuestros suscriptores.

NOTA.—A causa del exceso de trabajo que ocasiona á la Tipografía Nacional la publicación de las Memorias Oficiales, nuestro periódico saldrá á luz quincenalmente en los dos meses próximos. En cambio, cuando comencemos á publicar ilustraciones, saldrá semanalmente. Váyase lo uno por lo otro.

El Hachero.

ESCENAS CAMPESTRES.

(Para Costa Rica Ilustrada.)

A los Señores don Joaquín B. Calvo y don Francisco J. Oreamuno..

I.

A LA LUZ DEL ALBA.

La noche muda y sombría
Su manto recoge apenas
Del Oriente en las almenas
Por donde se anuncia el día.
Está la atmósfera fría,
Húmedo el campo y desierto;
Y dominando el concierto
De rumores de la aurora,
Una voz rompe á deshora
Tras de las tapias de un huerto.

Y cual si ella á parlamento
En contorno convocara,
Dan respuesta pronta y clara
En tono igual más de ciento.
Con aleteo violento
Se prepara el pregonero
Que, gallardo, altivo, fiero,
Legislador y galán,
Es del serrallo el sultán
Y el jefe del gallinero.

Repite el toque de diana
Cada vez más satisfecho,
Y el alba deja su lecho
Para anunciar la mañana.
De la ermita la campana
Saluda á toda la aldea,
Y la vista se recrea
Al ver la primera nube
Del humo que brota y sube
De una humilde chimenea.

Es en casa de María,
Quien canta, sopla que sopla
El fuego entre copla y copla,
Y espera cantando el día.
Su marido allá se avía
Para el monte, y al volver
A la voz de su mujer
Á la bullente cocina,
El desayuno examina
Con codicia y con placer.

El vapor caliente ve
Flotar, cargado de aroma
Provocador, mientras toma
Sorbo á sorbo su café.
Bebiendo, come, de pié,
Tortas de maíz y queso;
Y satisfecho el exceso
Del matutino apetito,
Da gracias como un bendito
A su mujer con un beso.

Ella da en pago un abrazo;
Y él, así que el hacha enfunda,
Los senos de la coyunda
Regula en el antebrazo.
De cuando en cuando un vistazo,
Mientras su cuchillo afila,
Echa al alba que vacila;
Y al partir al valle ameno,
Refleja el rostro sereno
Una conciencia tranquila.

Mas otra vez, al marchar,
Con insistente manera
Se acerca á la compañera
De la vida y del hogar.

Y nadie puede escuchar
Lo que, entre pena y placer,
Ella le da á comprender;
Mas lo dice con rubor,
Y él concluye:—Por mi amor,
Cuidate mucho, mujer.

Allá va, con el lucero
De la mañana por guía,
De su perro en compañía
Camina al bosque el hachero
Lleva plantillas de cuero
Que el can en hurtar se afana,
Chaqueta al cinto rayana.
El cuchillo á él suspendido,
Y ancho sombrero tejido
Con la pinta americana.

Cortado á pico el camino,
A un lado la roca enhiesta,
Empieza á bajar la cuesta
Hasta el Birris cristalino.
A su diestra el campesino,
Considera la hondonada,
Deteniendo la mirada
Entre el bosque sombrío
Y oyendo el rumor del río
Perderse por la cañada.

Surge del fondo hacia afuera.
Vestido de verde traje,
El ambicioso ramaje
Que borda la carretera.
¡Perfumada cabellera
Al rayo del sol broquel,
Y que á trechos cruzá aquel
Con flechas de luz dorada,
De una pantera manchada
Asemejando la piel!

¿Quién habita entre el misterio
De aquel apacible umbrío,
Y de la margen del río
Goza absoluto el imperio?
¿Cúya es la voz de salterio,
De dulces ecos tesoro,
Que se oculta por decoro
Para lucir su donaire,
Poblando á deshora el aire
De campanillas de oro?

El druida de aquel sagrado,
Que no busca otro horizonte,
El familiar de aquel monte,
Tan feliz como ignorado:
El filarmónico alado
Que viste color de acero,
El modesto cancionero
De metálica garganta,
Entre los pájaros canta
Con el nombre de jilguero.

Escuchando el labrador
Su arpada lengua vibrar,
Evocaba del hogar
Reminiscencias de amor.
Torció el camino al favor
Ya de la luz matinal;
Y abandonó el principal,
Que lleva al Reventazón,
Y al ave dando lección
Al eco del robleal.

A su frente se ve un prado
De verde tierno vestido,
Y paciendo allí al descuido
Y con pachorra el ganado.
Uno que otro árbol plantado
Como por mano casual,
Lo abriga bajo el cendal
De su ramaje sombrío
Mientras el sol del estío
Cruza la meridional.

De pronto un buey dormilón
Rumiando una sopa añeja,
Se yergue y pára la oreja
Al notar el sordo són.
De una fruta que, en sazón,
A su peso desprendida,
Desde la altura caída
En un momento oportuno,
Para frugal desayuno
Desde lejos lo conviada.

Y así, novido de aquello,

Agita la cola enhiesta
Y hacia el lugar de la fiesta,
Fijo el ojo y bajo el cuello,
Llega esforzando el resuello
Y guiado de su sospecha,
Con carrera tan derecha,
Que a su acierto sólo iguala
La dirección de una bala
O la intención de una flecha.

Cruza el hachero resuelto
De maíz por un sembrado
Que ostenta el fruto granado
Y el cabello al aire suelto.

Inclina su tallo esbelto
Brotando espigas la caña,
Y el plantío en luz se baña
Cual undivago elemento,
Cuando le dan movimiento
Las brisas de la montaña.

En un lenguaje discreto
Las brisas se comunican
Y parece que platican
Cosas de grave secreto.

Al soplo del viento inquieto
Tan sensibles como bellas,
Se agitan y abrazan ellas,
Cual, si á deshora reunidas,
Se sintieran sorprendidas
Unas tímidas doncellas.

La brisa retoza y ríe
De las hojas por la espalda,
Tornasolada esmeralda
Que el rayo del sol deslíe.

Acaso las contraríe
El que un hombre llegue á verlas,
Y viniendo á socorrerlas,
Las ninfas de la arboleda,
Cruzan sus trajes de seda,
Frotan sus sargas de perlas.

Arboles de larga vida
Tendidos por los rastrojos,
Enseñan en sus despojos
Las ruinas de su caída.
Como trinchera vencida
Los salva á salto ligero,
Y se encuentra en el lindero
De un bosque verde y profundo,
Donde olvidado del mundo
Va á sepultarse el hachero.

II.

A LA SOMBRA DEL BOSQUE.

¡Cuán majestuoso el bosque se levanta!
¡Cómo el respeto asalta al sentimiento
Al visitar su soledad sombría!
Teme la humana planta
Hollar aquel hojoso pavimento;
Y, cual si le faltara fuerza ó guía,
No penetra hasta allí la luz del día.
Gentil veneración, de que es ejemplo
La que provoca el templo,
El corazón sensible todo embarga:
Bajar se nota la temperatura
Entre la virgen y húmeda espesura
Que el aire quieto con aromas carga,
Y aquella majestad y aquella calma
Inclinan cuerpo y alma
A prosternarse gratos ante el nombre
Del que hizo rey de la natura al hombre.

El bosque solitario es el recato
Y apartamiento de la diaria lucha,
Y á meditar convida su presencia.

El vario color verde, al mirar grato,
El rumor armonioso que se escucha
Y aquella vigorosa florecencia,
Persuaden el sentido y la conciencia.

Allí todo es agosto:
Desde el colgante junco, hasta el robusto
Erguido tallo que hacia el sol camina:
El musgo oscuro que se ve de lejos
Como el vestido de los troncos viejos:
La olorosa resina,

Y la parásita que está sin pena,
Y cuyas hojas verde cardenillo
Parecen todas hechas á martillo.

Allí está en su taller el rudo hachero,
Aquel es su aire, su centro, su dominio,
Allí son sus combates singulares.
Ya va á elegir certero,
Y expuestos de su golpe al exterminio,
Como de enorme templo los pilares,
Se destacan los troncos seculares;
Y él los distingue y nombra
Por la forma, el color y aun por la sombra.
El roble amarillento
De entrañas duras y bellota amarga,
Que de oropéndolas los nidos carga
Y los columpia el viento:
De hojas dentadas la ramosa encina,
El Copalchí, pariente de la quina,
Y el Yra, tinto en colección hermosa,
En blanco, en negro y en rubí y en rosa.

Mas él prosigue y la atención separa
De aquella variedad provocadora,
Cual si tuviera la elección segura.
Los arbustos le rozan en la cara,
Y escuchase á deshora
La voz agreste, gutural y dura
De los monos que habitan la espesura.

El paso al fin modera,
Cual si encontrado lo que anhela hubiera,
Y con la vista abarca
Un tallo aislado, recto y corpulento,
Nacido allí por desafiar el viento,
Que presume de rey de la comarca,
Y al cual adulan juncos cortesanos
Que allí crecen ufanos,
Buscando sombra, protección y medro
Al pié del alto y poderoso cedro.

Las tirantes raíces en que agarra,
Formando peine brotan de la tierra:
El hombre escampa en torno la maraña
Y la ágil cimitarra,
Al matorral cercano mueve guerra.
Al mejor de los árboles que huraña
Encierra aquella colosal montaña
¡Oh inexorable suerte!
Lo buscan ya los golpes de la muerte.
Oyése el ruido del primer hachazo
Que inevitable y fiero
Voltea el arma en la extensión del brazo:
Y al consultar á plomo la caída
Para inferirle la primera herida,
El primer golpe, que cien más provoca,
Abre en el tronco desdentada boca.

—Gallardo Cedro, que por siglos llamas
Las estaciones de tu libre vida,
De la selva feliz en el reinado.
Caigan al suelo tus altivas ramas,
De tórtolas manidas
Y de aves mil que con el pico abierto
Entre tu sombra forman su concierto,
Allí escondiendo el nido
A ellas seguro, á los demás perdido.
Colgara la industriosa batahola
A tu sombra la miel de tus panales,
Anidando á dos puertas tus quetzales
Por no estrujar las plumas de su cola.
No más te escalará buscando el cielo
Trepador bejuco, ni enviarás al suelo
El que flotaba con gentil donaire
Como un cabello á la merced del aire.

—Tal vez te lleve ¡oh Cedro! tu destino
A noble y digno y bien hechor empleo,
Y vaya á sustentarse en tu cabeza

El techo peregrino
De un artístico y vasto coliseo,
O sobre el río que á crecer empieza
Libres al hombre tú de su braveza;
O me parece ya que te contemplo
Sosteniendo la bóveda de un templo,
La morada divina,
O convertido en lámina delgada
Protegiendo del hombre la morada
En la ciudad vecina;
Pues son incorruptibles tus entrañas

Que en suaves tintes bañas,
Desde el pálido lucir de la canela
Hasta el color que á la granada encela"

Así cantaba un plácido jilguero
Desde una mata de laurel vecina,
Mientras daba á sus fuerzas alimento,
Comiendo y escuchándolo el hachero.
El frugal refrigerio allí termina,
Y el Labrador sediento,
Buscando en torno con marcado intento,
Llega á un bejuco que del suelo brota
Y escala á un árbol y tendido flota:
Saca un trozo á dos tajos, vivamente
En un extremo aplica
El labio ansioso, é improvisada y rica,
Aun del sol escondida, aquella fuente
De la entraña hueca
Para la boca calorosa y seca,
Y del hachero el bienestar restaura
Intacta, fresca, virginal y pura.

Ya traspasó el cenit, ya del sol arde
Con rayo oblicuo la serena frente,
Y aun el hachero el hierro no ha dejado
Volver á su frialdad. Aquella tarde
Ariete diligente
Para las lides del trabajo armado,
Es el hacha; y en vértigo lanzado,
El brazo que la obliga
No conoce el temblor ni la fatiga.
Empero, el desaliento
Del alma, no el cansancio, á veces vierte
Sobre tanto tesón su soplo inerte:
El corazón carcome un pensamiento,
Como el cedro el hacha: y es la idea
De dar á la pelea
Fin de victoria, la que aun mueve el brazo
Y su fuerza redobla á cada hachazo.

Ya se estremece el árbol, ya vacila
Al compasado socavar del hacha
Que carcome y carcome más la boca.
El Labrador vigila,
Gira en torno, viene, va, se agacha,
Vuelve al hacha, alza la vista, invoca
A Dios y se coloca
Opuesto al lado adonde el cedro tiende,
El que ya el aire hiende
Con gemido estridente y pavoroso;
Y se abate, abalanza y precipita,
Quebrando al paso aquello en que gravita.
Para no alzarse más aquel coloso.
El valle se ensordece con el eco

Del estallido seco,
Entra mugiendo por el abra el viento
Y en limpio se descubre el pensamiento.
Jadeante, agitado todavía,
El vencedor en singular torneo
Mira su obra orgulloso y conmovido.
No es de otro modo contemplara un día
El caer del terrible filisteo,
Armado con la honda, el niño ungido!
Pasada ya la lucha, extinto el ruido
Y en calma la borrasca,
Sacude la hojarasca
Y mide á brazas el titán ya muerto.
Mas notando que el sol baja al ocaso,
Se encamina á la aldea á vivo paso,
Dando en el rostro testimonio cierto
De inquietud y anhelo;
Y pensando en su hogar, fija en el cielo,
Mientras la última luz el cielo dora,
Los ojos suplicantes del que implora.

III.

AL CALOR DEL HOGAR.

Encubre la tarde sus rubios colores
Bajo el ancho manto de un azul turquí
Que prenden y adoran astros brilladores
Y ven de sus nidos pájaros cantores,
Enviándole gratos himnos desde allí.

Preside las horas que siguen al día
Serenos reposo, tranquilo solaz:
En el quieto seno de la noche umbria

Ruidos y perfumes hacen armonía
Y en el pecho se abre la flor de la paz.

Allá tras el monte la luna clarea
Y á su faz que riega tímido fulgor,
El humo se escapa de una chimenea
Que en parte elevada se ve de la aldea,
De donde á la aurora partió el labrador.

¿Qué teme, qué anhela, que el paso apresura
E inquieto y ansioso se le ve volver
Al hogar tranquilo, donde está segura
Y en paz la inocencia y en donde la pura
Llama del cariño guarda una mujer?

Él mira á lo lejos la cruz de la ermita
Y en aires serenos el humo flotar,
Y siente en su pecho que un peso gravita,
Y preces humildes andando recita
Y en alas quisiera volver á su hogar.

La aldea está muda, las casas cerradas,
No se ve en las calles gente discurrir;
Y al fin, del hachero se oyen las pisadas
A sus propias puertas que, medio entornadas,
Muestran de las luces el ir y venir.

Ni un punto vacila, penetra y avanza
Por puertas adentro, como al fin señor;
Y presa de duda, presa de esperanza,
Teme aun indagarse y entra sin tardanza
En un aposento velado interior.

Está allí su madre, que en el rostro amante
Refleja del alma la ingenua bondad,
Y hecho un rollo pulcro le pone delante,
Gozosa observando su absorto semblante,
Un niño que cuenta seis horas de edad.

Los labios de rosa, mórvidas mejillas,
Dos pares de hoyuelos que hacen sonreír,
Calado á los hojos gorro de cuchillas
Y puños y cuellos formando rosquillas,
Así gasta el niño la vida en dormir.

Lo mira, lo toma, lo besa y levanta,
Húmedos los ojos, mudo de emoción:
La impresión le pone nudo en la garganta,
Y haciendo un puchero con cara que espanta,
—No me engañó, dice, mi fiel corazón.

La anciana que observa, ya al hijo, ya al nieto
Con ojos curiosos y aspecto triunfal,
Al notar de aquél un ademán inquieto,
—Bien feliz ha sido, dícele en secreto,
Déjala que duerma su sueño cabal.

Mas él aún pregunta y á besos procura
Que abra los ojuelos aquel dormilón;
Y la abuela sigue: —Yo estaba segura,
Lo dije hace tiempo ¡muje! qué locura!
No podía menos de ser un varón.

—A volver me viera cien veces tentado
Desde esta mañana, madre, que partí;
Y mientras estaba del hacha pegado
Mi brazo en el monte, lleno de euidado
El corazón, madre, todo estaba aquí.

Dice así y ensancha suspirando el pecho,
A paso callado yendo á descórrer,
De la señas que hace la anciana á despecho,
La cortina blanca que resguarda el lecho
En donde tranquila duerme una mujer.

La mira y su grata placidez no altera
El que él de su frente la serenidad
Con un beso turbe de suave manera,
En tanto que entrega, colgando hastá afuera,
De un pelo negro se ve la mitad.

En la media noche, la infeliz aldea
Segura reposa, sin que deje ver
La columna de humo de la chimenea
Que el aire liviano jugando ventea
A la hora del alba y al anochechar.

Duerme aquel serrallo que en la madrugada
Despierta cantando gallardo sultán.
Y en la torre triste, del techo colgada,
La vieja campana duerme custodiada
De un buho; su viejo nocturno guardián.

Duerme el niño, huésped del mundo aquel día.
El sueño á la madre le alienta en la sién,
Y el hachero rudo que sufrido había
Fatiga, zozobra, sorpresa, alegría,
Al peso se rinde del sueño también.

Sólo, junto al niño, no duerme la abuela,
Que reza y recuerda cosas de otra edad,
Y oye que en la torre, como un centinela,
Con roncós chirridos el buho que vela
Hiende las entrañas de la oscuridad.

Después del trabajo se anhela el reposo,
A la pena mustía sucede el solaz:
Feliz el que labra la tierra afanoso,
Del bien de los bienes gozando dichoso
Si goza en la vida del bien de la paz.

Así filosofa la anciana y cavila
Pasando sus cuentas una de otra en pos,
Mientras llega el alba pensando tranquila
Que, del modo que aquella por otros vigila,
Por ella y por todos velando está Dios!

Cartago. Mayo de 1891.

FÉLIX MATA VALLE.

La Oda al Niágara.

(Continuación. Véase el n.º 26.)

“El poeta se inflamó en grave indignación.”

Leyendo el pasaje, el poeta Víquez encuentra en esa palabra *grave* una reminiscencia bíblica. Es en efecto un adjetivo admirablemente puesto y que da una nota solemne en la frase cortada y llena de nobleza con que finaliza el trozo burlado por el señor Vereá del modo que se va á leer.

El trozo es como sigue: Despertando el Niágara la idea de Dios en el poeta, exclama:

Omnipotente Dios! En otros climas
Ví monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto
Sembrar error y fanatismo impíos,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infausta guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignación.

“Es de suponerse dice el señor Vereá, que alude al clero católico, en cuyo caso la pintura está bien, pero fuera de lugar.”

Fuera de lugar!, y lo que hace el poeta es comparar la idea del Dios revelada por el Niágara, como por un profeta de la naturaleza, con la idea del Dios horrible que el fanatismo echa sobre la tierra á amordazar, aherrojar y quemar á los hombres. Fuera del lugar! sí; ya entendemos: el fanatismo que en tiempo de Heredia abría abismos al paso del Libertador, ese siempre será una pintura hecha fuera de lugar para el señor Vereá.

..... En otros climas
Ví monstruos execrables.....

“En otros climas.” (dice el señor Vereá) quiere decir que eso no sucedió en éstos, lo cual es falso.

Siempre hay notable diferencia entre el fanatismo de la colonia española y el de la colonia inglesa. Ya sabemos que en el Norte alguna vez se quemó á una bruja. Mas en tiempo de Heredia, ya Washington, hacía medio siglo que había fundado la gran República. Aun antes de la libertad yankey, suprimido un periódico de Franklin por conceptos heréticos, Franklin, por una sutileza legal, cambia su nombre *James* por el de *Benjamín*, y el periódico sigue saliendo. ¿Era lo mismo en Lima, Guatemala ó Méjico?

Por otra parte, Heredia habla de impresiones personales suyas. “En otros climas vi.....” ¿Cómo iba á ver monstruos de fanatismo en la gran República á los cincuenta años de fundada?

Si hasta aquí es ilógico el escrito del señor Vereá, el resto es absurdo.

Véanse los siguientes versos; y el señor Vereá que no halla novedad en la Oda al Niágara, considere la que tendrían las ideas que en ellos se expresan, en América y á principios del siglo; juzgue de la energía del idioma castellano despertando á las inflexiones del verbo de nuestro siglo, y sienta la grandeza de los seis últimos versos, que permanece igual para todos los hombres y los tiempos.

..... Por otra parte
Ví mentidos filósofos, que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
“Por eso te busqué mi débil mente
En la sublime soledad”: “ahora
Entera se abre á tí”; “tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda”
“Y tu profunda voz HIERE MI SENO
De este raudal en el ETERNO TRUENO.

Véanse ahora los comentarios del señor Vereá.

Lástima grande que el poeta no fuera uno de los arrastrados, para que comprendiese los disparates que en esos versos laconizó! Solamente un fanático, envuelto en las tinieblas de la fe, mas espesas que la que envuelven al Niágara, según el señor Heredia, pudiera tener el valor de escribir que se ultraja á Dios escudriñando sus misterios.”

Heredia no habla de los misterios de una religión; sinó de los misterios de Dios. Las cosas de Dios están sobre nuestra razón: no podemos superarnos á nosotros mismos; ya juzgando la poesía de Heredia se ha hecho pedazos la lógica del señor Vereá: ¿qué podemos, tratándose de arreglar las cosas de Dios á las leyes de nuestra comprensión? De estos misterios, sabemos que existen, pero de que no podemos ni debemos escudriñarlos habla Heredia.

“Quería el “sublime cantor del Niágara” pregunta el señor Vereá, que el hombre pasara por la tierra como un animal, sin leer en el gran libro que llamamos naturaleza, para descubrir la Causa detrás del Fenómeno?”

Qué iba á querer! La naturaleza es del dominio del hombre: sus arcanos son mundos destinados á la conquista: el mar es del argonauta; la tierra de Colón; la nube de Watt; el rayo de Edison; los astros de Newton; la armonía de Orfeo: mas qué hombre podría pasar del dintel de lo infinito? Así se ha de entender á Heredia; así es y será siempre.

Por eso te busqué mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda.

“Esa misma inmensidad circundaba al señor Heredia en cualquier punto del globo, y en todas partes podría sentir su mente la mano de Dios.”

Por eso, quiere decir “la idea de Dios que palidecía en el alma del poeta por motivo de los errores, funestos á la humanidad, de mentidos filósofos,” era objeto de investigación en la soledad sublime, lejos de los hombres, entregado el poeta á la contemplación del universo.

Ahora, que la inmensidad, tomada como sér absoluto, rodease á Heredia tanto en presencia del Niágara como en cualquier otro lugar de la tierra, ni tiene relación con lo anterior, pues la inmensidad absoluta sería la misma á pesar de los mentidos filósofos y siempre depondría contra ellos; ni tiene qué ver con la inmensidad de que habla Heredia, que es la del gigantesco paisaje del Niágara: los torrentes, la bruma, los bosques, los horizontes resonando poblados por los ecos que repiten el monólogo lanzado con furia por las aguas á los aires en las convulsiones de su perenne borrasca.

En la palabra inmensidad empleada por Heredia, á pesar de lo enorme de esa significación, esa significación es la relativa de la palabra inmensidad, y no la absoluta. El mar es una inmensidad; pero el mar no es la inmensidad; como la eternidad del sol no es la eternidad.

Díganos ahora el señor Vereá si para el arte, valdrá tanto la impresión que experimentaría Heredia ante el Niágara, como la impresión que experimentaría Heredia en una calle de una ciudad, yendo en coche, en fin...

Asombroso torrente!.....
 ¿Do tu origen está? Quién fertiliza
 Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
 ¿Qué poderosa mano
 Hace que al recibirte
 No rebose en la tierra el océano?

A esto dice el señor Vereá:

“Como el poeta creía un ultraje á Dios el escrutinio de los misterios, pregunta cándidamente dónde está el origen del Niágara, quién fertiliza por siglos su inexhausta fuente y qué mano impide al océano desbordarse sobre la tierra. Un muchacho de escuela le contestaría que la *mano de la gravedad* es la que hace el último milagro, y que la lluvia es la que fertiliza la fuente del Niágara y todas las otras fuentes del globo terraqueo.”

En el crítico prevalece, como en tantos hombres de nuestro tiempo, un importuno espíritu científico cuando tratan de asuntos meramente de arte. Esta vez, como siempre, la poesía está sobre la ciencia.

¿Do tu origen está? ¿quién fertiliza
 Por tantos siglos tu inexhausta fuente?

La palabra QUIEN, significa allí un sér inteligente.

El señor Vereá ó el muchacho de escuela por su medio, á la pregunta del poeta, responde:

La lluvia es la que fertiliza la fuente del Niágara.

Pero ¿por qué lo hace la lluvia? ¿QUIEN riega con la lluvia, QUIEN fecunda con la lluvia la fuente del Niágara? Quién impone á las aguas con tanta armonía esa ley, que las hace girar en órbitas desconocidas por las profundidades de la creación, haciendo recorrer en hélices vertiginosas á la gota de agua la misma fabulosa odisea del átomo á través de los innumerables seres en los inmensos espacios?

La palabra fertiliza, subrayada por el señor Vereá, no está empleada sino de un modo admirable. Se trata del misterio de la fecundidad universal y esa palabra, y esa idea de fecundidad, á propósito del Niágara, y ese ablativo por tantos siglos, hacen asomar á esos versos el estupor y la ansiedad profundos del espíritu del poeta solicitado por el problema de la existencia y del Código invisible, cuyas leyes, como hilos impalpables pero que no revienta el peso de los mundos, atan,

como en los nudos de una red, al átomo y al planeta, suspendiendo á la creación en la eternidad, que es el hueco de la mano de Dios. Ella sólo, esa *Mano*, de que habla Heredia, y que hace que no reboten los océanos, sofrenándolos, como á una monstruosa cuadriga, con riendas invisibles, á que la ciencia en su pobre lenguaje llama *la gravedad*; esa *Mano* tiene el cabo del hilo prodigioso, el principio de la ley eterna: bastaría tirar de él para que el Niágara, mudo, se secase como en la tierra las primeras gotas del invierno y para que mientras el silencio sucedía á los truenos de la catarata, los mares, las montañas y los astros, se sintieran trastornados por una universal catástrofe.

De tu origen está? Quién fertiliza
 Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
 Qué poderosa mano
 Hace que al recibirte
 No rebose en la tierra el Océano?

El poeta mismo contéstase:
 Abrió el señor su mano omnipotente.
 Cubrió tu faz de nubes agitadas,
 Dió su voz á tus aguas despeñadas
 Y ornó con su arco tu terrible frente.

El crítico opina que la respuesta debió ser: *la lluvia y la ley de gravedad*. Ya vé que el poeta va mucho más allá, y que el espíritu científico cuando hace escursiones en los mundos de la poesía vuelve siempre desairado.

Antes hemos hablado del *desorden lírico*. En los versos que siguen á los que acabamos de copiar, los sentimientos é ideas se suceden con transiciones tan admirables, que basta leerlos para formarse idea del *desorden lírico*.

Ciego, profundo, infatigable corras,
 Como el torrente oscuro de los siglos
 En insondable eternidad.....Al hombre
 Huyen así las ilusiones gratas,
 Los florecientes días,
 Y despierta al dolor.....Ay! agostada
 Yace mi juventud; mi faz marchita;
 Y la profunda pena que me agita
 Ruga mi frente de dolor nublada.
 Nunca tanto sentí como este día
 Mi soledad y misero abandono
 Y lamentable desamor....Ah! si una hermosa
 Mi cariño fijase,
 Y de este abismo al borde turbulento
 Mi vago pensamiento
 Y ardiente admiración acompañase!
 Como gozara, viéndola cubrirse
 De leve palidez, y ser más bella
 En su dulce terror, y sonreírse
 Al sostenerla mis amantes brazos.....
 Delirios de virtud.....

“El poeta, (dice el señor Vereá,) no puede escribir veinte líneas sin presentarnos su persona.....”

El mismo señor Vereá, en el comienzo de su artículo nos habla de que oyó hablar de la Oda de Heredia, de que eso fue *hace ya muchos años* cuando él llegó á Cuba; que á los tantos elogios y la grandeza del asunto se dignó *excusarse su curiosidad*; que consiguió la oda; que la leyó... *él la leyó!* Y no sólo eso, sino que él mismo, que ya es mucho, *la volvió á leer*.....Y, lo que es á él, se le cayó el libro de las manos. ¿De qué manos? De las de él; de *las manos del señor Vereá*. Y por ahí sigue lo que pensó. Y de cuando oyó hablar de *cierta suscripción*; de sus deseos de volver á leer la oda; de que no supo, él, donde encontrarla. De que pocos días ha recibió un tomito.....que le enviaba el señor Aguirre.....

Vamos! que un prosista no tiene mejores derechos, ciertamente, para hablar de sí mismo, que un gran poeta lírico.

A los últimos versos del trozo último que hemos copiado y á propósito de la publi-

me exclamación “Delirios de virtud,” el señor Vereá hace los siguientes comentarios:

“Si una escena tal con una hermosa es un *delirio de virtud*, con un serrallo de hermosas sería un serrallo de delirios aunque no de virtudes. ¿A qué ese *delirio de virtud* sino es en *virtud del delirio*.”

Sin la exclamación “Delirios de virtud” el pasaje que con ella finaliza no tendría la nobleza que tiene. La emoción que se siente al leer esos versos es pura: ¿Cómo es que al crítico han podido ocurrir ideas tan zurdas y bajas después de leer á Heredia? No lo entiende; no puede darse otra explicación. “Una mujer pálida, más bella en su terror,” es una imágen que purificaría, si ya no fuese puro, el verso:

“Al sostenerla en mis amantes brazos.”

Como si no bastase esa imágen, la exclamación “Delirios de virtud” rota con una incoherencia que se cambia en arrobó, santifica la idea del amor, y deja en el corazón un sentimiento vago é inexplicable; no por eso menos profundo.

El crítico, aunque dice otras cosas, no concreta más su censura. Dejémosle ir no sin decirle que la crítica no excluye, sino que exige en el que escribe, una exquisita sensibilidad, que en el artículo del señor Vereá, aparece bien muerta.

El Progreso es un periódico muy leído y su propaganda es prestigiosa: no conviene que esa propaganda dañe las glorias de América.

Por lo que hace á nuestra defensa, no la necesita la Oda de Heredia: el que dice al Niágara

.....Duren mis versos
 Cual tu gloria inmortal.....
 Y al escuchar los ecos de mi fama
 Alee en las nubes la radiosa frente,

bien sabe lo que se dice, y su destino, y lo que habrá de suceder. Los años han pasado, los ecos de la fama llevan el nombre de Heredia por el mundo: la faz del poeta aparece en el firmamento.

F. GAVIDIA.

Por un beso.

(SONETO.)

No un soneto, ...dos, ...tres, ...ciento te haría si piadosa á mi ruego, en un exceso de amor, y de ternura, un sólo beso me dieras á libar ¡hermosa mía!

Rendido á tanta dicha, arrojaría de este tedio mortal el duro peso, y mi festiva musa, en su embeleso, mil cantos para tí me inspiraría.

Hagamos, pues, el cambio. A tí un instante para cumplir te basta. Ello es sencillo, Cual la virgen dulcisima del Dante quedarás, como siempre, bella y casta, que un beso, un simple beso no desgaste ni del coral, ni de la perla el brillo.

San José, Marzo de 1891.

* EMILIO PACHECO.

NOTA.—La parte de este escrito publicada en el número anterior salió con multitud de errores porque su autor no corrigió las tiras; y por descuido no se corrigieron las faltas apuntadas en la página.

SILVIA.

Novela del señor Pedro S. Lamas.

(CONTINUACIÓN.)

Pag. 76. "No se había apercibido fray Anastasio que un milagro, de esos que opera la misteriosa influencia de dos almas que se acercan y que se electrizan".

A mas de incurrirse en el error apuntado con respecto á apercibir, que además pide la preposición, nos parece detestablemente ridículo lo de la *electricidad* de dos almas que se acercan. Ahora si caigo en lo del galvanismo. Ya! ignoraba que la propiedad de los nervios lumbares de los batracios de Galvani, la tuvieran dos almas cuando se acercan. Quedamos enterados.

Pag. 49. "Lo que hacía subir el carmín á sus mejillas, lo que *abrillantaba* sus ojos, lo que producía indignación, *calentura*, era aquella infamante y desdolorosa acusación."

La gradación es *chic*; que el *carmin* suba desde donde lo tuviere donde Lorenzo, que lo ignora, y que sus ojos se *abrillanten*, pase, porque el señor Lamas se entenderá con eso á su sabor; pero lo de la *calentura*... que pase también, como todo lo del Presidente de la sociedad *Latinoamericana*, él inclusive.

Pag. 82. "...régimen que él excecaba y maldecía de lo mas recondito de su alma".

En lugar de la preposición *de*, ha debido emplearse *desde*, que indica el principio de lugar que exige el contexto.

Pag. 93. "*Tanto* mas que convendría"... A *tanto* debe contraponerse *cuanto* en este caso, y no *que*.

Pag. 109. "Y *tan* es así, que si fuéramos".....

¿Por qué el comparativo de semejanza en lugar del adverbio *tanto* que pide la frase? El señor Lamas no se anda por las ramas en esto, pues en la pag. 251 dice también: "es tan así."

Pag. 113. "...las del saber, de la inteligencia, del genio, de la hidalguía".....

El artículo y la preposición se hacen necesarios antes de todas las partes de la enumeración, dándole así al período la elegancia que no tiene, y evitando al propio tiempo la ambigüedad.

Pag. 130. "...en la fisonomía de Pablo, que permanecía de pié".....

Por el vicio frecuente de emplear el relativo *que* cuando se trata de personas, se da á entender en la frase anterior que la fisonomía era la que estaba de pié, y no Pablo.

Pag. id. "Qué hay? *Nada* muy grave; pero *algo* grave que debo decirlos".

Nada muy grave es fabricar novelas á lo Lamas: pero *algo* grave es es cribirlas á lo Fenimore Cooper y á lo Walter Scott.

El paso por esta página ha sido para el seño: Lamas, como el paso por la calle de la amargura para el Salvador del mundo. Si-gámoslo:

Pag. 134. "Sabeis cuán *dedicado* os soy." El señor Lamas debía de haber escrito

su novela en francés. á no ser que le haya pasado lo que á un italiano que vivía en mi pueblo: no aprendió nunca el castellano y olvidó por completo el italiano, según el testimonio de muchos de sus paisanos que no le entendían ni jota de la jerga que hablaba.

Pag. 147. "Es así, pues, como Alberto y Pablo contaban en Julia con un auxiliar poderoso."

Lo corriente hubiera sido: "así era, pues, como Pablo y Alberto tenían en Julia un auxiliar poderoso".

Pag. 161. "Hay detalles, agregó la tía Tomasa, que no *carecía de espíritu*, que revelan".....

El *esprit* francés, de que sí carece el autor, no es ni por asomo el *espíritu* pacato de doña Tomasa.

Pag. id. "Hay heridas que no se cicatrizan jamás, que se perpetúan carcomiendo el alma, como parte *integrante y necesaria* de la vida".

Los buitres de Prometeo son nada con la *carcoma del alma*, cuanto mas si ella es "parte *integrante y necesaria* de la vida". Válanos Dios, y qué de novedades las que nos regala *Silvia*!

Gocen ahora nuestros lectores con un trozo de la literatura *fósil*:

"Y al mismo tiempo cual el condor que feroz desgarró, en la cumbre del Ande, las entrañas de su víctima, empapadas en su sangre sus garras carniceras, sintió hechas pedazos dentro del pecho las fibras de su corazón".

Las fibras sensibles del que lee á *Silvia*, son las que desgarró cual *condor feroz*, el señor Lamas.

Por lo visto, el Presidente *rectificador de errores históricos*, también quiere rectificar el idioma de Cervantes y Juan Montalvo, de Mitre y de José Marmol; y en tal empeño, no se anda con repulgos de empanada.

Pag. 291. "*Silvia* es mia, arrojadla en mis brazos".

Frase impropia y vulgar, que hace del *delicado* Alberto un mozo de cordel y de la sin par *Silvia* algo como un fardo. Pobrecilla!

Pag. 293. "*Silvia*, que *compartía* con su padre la *veneración* por la palabra *empeñada* etc."

Aparte del compartir, venerar por respetar es un archi-galicismo bárbaro.

Pag. 297. "De los que mas honran á la revolución."

No está bien la preposición en esta clase de acusativos.

Pag. 299. "Reconocía que lejos de hallarse cicatrizada la herida, se hallaba dominada como el primer día por la fascinación que la jóven y hermosa hija de D. Alvaro ejercía sobre sus sentidos."

El autor inicia el pensamiento en sentido figurado, y además de decir una vulgaridad, deja la metáfora y sigue á pié expresando llanamente las ideas, dejando el pensamiento como vestido de pobre.

Pag. 302. "Pues, mi Pablo querido. *id* pronto, sin preguntarme razón alguna, á casa de don Alvaro; *dile* que.....en seguida *iréis*, por el señorito Alberto."

Es mas que un gazafatón de marca, usar las inflexiones verbales *id*, *dile* é *iréis*, la primera y la tercera con las formas de pluralidad ficticia, y la segunda con la forma singular, y para dirigirse á ese pobre de Pablo, su amante, á quien en el resto de la novela le diera otro tratamiento.

Pag. 307. "Mientras los cuatro jóvenes formaban un grupo encantador entregados á las dulces perspectivas del porvenir".....

Oh! encantador cuadro, según lo describe, con ese gusto que lo caracteriza, el señor Lamas, y como postre feliz y digno de su novela histórica y sentimental.

El estilo general de *Silvia* es un estilo abigarrado, si así podemos llamarlo. Ora imita los giros franceses, se hincha, y es ampuloso hasta reventar, ora las da de llano y académico valiéndose de arcaísmos intolerables, todo lo cual viene á formar un contraste jamás visto en las novelas de Fenimore Cooper y Walter Scott. Por eso terminaremos esta parte aplicándole la siguiente re-dendilla de un crítico español:

Don Pedro, tu estilo extraño,
Pone al lector en un brete,
Porque tu estilo, don Pedro,
No es estilo, es *estilete*.

III.

El argumento de *Silvia*, mal desempeñado en el conjunto, y pobre de interés y de naturalidad en los detalles, da tanto como la forma, ancho y fecundo campo á la crítica.

La escena pasa en Lima, residencia de los vireyes y de las encumbradas y nobles familias españolas que habían venido al Perú desde el siglo XVI.

Jefe de una de estas familias era D. Alvaro de Castañeda, hombre machucho, de carácter adusto, realista de tuerca y tornillo, para quien los insurgentes, como se complacía en llamar á los patriotas, eran algo como seres infernales á quienes no podía ni ver. Esto no obstaba para que descendiendo de su alta posición, dejara su confortable palacio de Santa Catalina, nada menos que para ir á comer un mal *sancocho*, y ende á echar sus copas de *pisco* de segunda, en un mal figón del arrabal, donde con frecuencia acudían los oficiales republicanos. Era muy natural que allí se hablase de la patria, de la guerra y de los *chapetones*; pero no lo era, que un hombre de las partes de D. Alvaro, se rebajara hasta discutir con aquella sociedad de mozos plebeyos y zumbones, siendo él noble, hábito de Santiago y demás campañillas.

Pues un día el don Alvaro tuvo la imprudencia de tratar con palabras muy descompuestas á uno de sus contertulios, y se armó la de Dios es Cristo. Alberto Linares calmó el tumulto. Era éste, el joven ayudante del Protector San Martín, compatriota del señor don Pedro S. Lamas, y de quien ya ha oído hablar el lector; pero á quien aún no conoce. Su ilustre compatriota nos hará el retrato: "alto, delgado, pálido, *con ojos claros sin ser celestes* de una expresión melancólica: su cabello castaño y casi rubio, el bigote sedoso como el de un adolescente, *por mucho* que Alberto tenía á la sazón treinta años."

No le faltaba á nuestro ayudante para ser un consumado romántico, tipo de melodrama, sino un gabán raído y una espesa y luenga melena. Y si su figura era para inspirar lástima, el verlo delante de su Dulcinea, todo anonadado, cariacontecido, era para ponerlo á uno á llorar de tristeza.

Recordará el bondadoso lector, que ya hablamos de una escena en la que figura San Martín, el ayudante Linares y dos damas que habían ido á solicitar la libertad de D. Alvaro, quien se había ido á la chirona por lo del figón. De estas últimas, la una era anciana, de ceño adusto y repulsivo, beata por añadidura; la otra, joven y hermosa, según el autor: "sus ojos eran *verdosos*, de una expresión tranquila, *algo triste*, penetrante y

suave á la vez. Su tez era *entre* blanca y morena; su boca grande de una expresión infinita, su nariz correcta; el cabello castaño y abundante; su *estatura esbelta*. Esta era Silvia, hija del don Alvaro y sobrina de doña Tomasa, la beata.

El prudente San Martín confía á su ayudante, quien se prenda locamente de la doncella, el asunto de D. Alvaro, y ya el lector se figurará cuál fué el resultado. ¿Cómo resistir nuestro amartelado capitán á las súplicas de la joven? A paso de vencedores marchó con sus damas á donde estaba preso el anciano, y aquí fué lo lindo. En presencia de su presunto suegro, habló de esta suerte:

(Continuará).

SEGUNDA CUARESMA DEL DUQUE JOB.

TERCER SERMÓN.

Hermosas señoras mías:

Refiere hoy el Evangelio la curación de un hombre poseído del demonio mudo. Era aquel de los mudos que no hablan, porque téngase en cuenta que hoy en día y merced á los adelantos de la ciencia, hay mudos que son muy habladores; al paso que personas muchísimas conozco que hablan y nada dicen, cual si fueran mudas. Dicho se queda, por supuesto, que ese mudo era hombre, pues no pocos doctores y varios sabios de otra especie afirman, que no ha habido ni habrá mujeres mudas. El mutismo es masculino.

Sobre si fué útil ó no para la sociedad la curación de ese individuo, nada podré decir, porque el Evangelio no es explícito en lo tocante á este milagro; no puntualiza cual era la condición del poseído á quien Jesús curó, para dar muestra ostensible de su gran poder, nos dice si era tonto ó avisado ni registra las palabras, frases y discursos que pronunció, ya sano, en el trascurso de su vida. La palabra es un don de Dios, no cabe duda; pero así como Dios hace todo bien y permite los males para nuestro ejercicio y mayor corona, así concede la palabra á unos para que nos enseñen y cautiven; y á otros para que, oyéndolos hablar, hagamos saludable penitencia.

Dícese á menudo que las palabras es lo que distingue al hombre de la bestia; pero abrigo algunas dudas sobre el particular, porque, con muchísima frecuencia, he oído decir de alguien que habla y precisamente por que habla: ¡qué animal es éste hombre!

Quédese ello sin averiguación y hablemos, señoras, de los mudos. No es culpa mía hablar de tanto enfermo: paralíticos, mudos, agonizantes, ciegos y muchos moralmente adoloridos son los que presenta á nuestra meditación el Evangelio. En él, como en la vida, hay muy pocos felices, en el sentido netamente humano de la felicidad. Por lo propio es sublime el Evangelio: porque parece un hospital, un asilo, una casa de amor en donde vive y sonríe, y cura y hace bienes la santa, la divina caridad.

Por fuerza mi sermón de hoy ha de tener varios puntos de contacto con el más reciente. Hace ocho días hablaba de los paralíticos que andan, y ahora hablaré de muchos mudos que hablan.

El mutismo es una enfermedad generalísima, si bien, por dicha intermitente. Hasta me atrevo asegurar que nadie escapa á esta dolencia. Todos, de cuando en cuando, enmudecemos. Abrid cualquier novela—que no sea inmoral—y encontraréis en alguna página esta frase: “Fulano (ó mengana) enmudeció.” Y vosotras mismas, señoras mías, sin ir más lejos, sois las que más práctica tenéis de hablar con mudos. De jóvenes... digo, de solteros,—porque todas vosotras sois muy jóvenes—veis un hombre que simpatiza... que os gusta... que os conviene... y que os quiere.

Adivináis su cariño, con esa perspicacia femenil que ni el amor ageno casi antes de que nazca; pero el amor recién nacido es como todos los recién nacidos: no sabe hablar... nada más llora! ¡Y ahí está vuestro trabajo; en enseñarlo hablar! Ese amor mira, suspira, pasea á su víctima por la acera que esta en frente de vuestra casa, así como las *ayas pasean* á los niños para dormirlos, y ¡cosa rara! es necesario que ya esté muy bien dormido para que hable. Generalmente, á fuerza de paseos, se duerme el novio, y entonces ya no le canta la nodriza: él es quien canta. Si el amor es verdadero cuesta mas trabajo que hable. Es de natural miedoso, como si temiera lo que vo á sucederle... quiero decir, lo que le sucediera si vosotras no fuérais lo que sois: amantes bellas y honradas. Pero, á decir verdad, pocos recisten á vuestro poder, á vuestra magia, y en devolver la palabra á mudos sois maestras, renovando á cada momento el milagro que nos refiere el Evangelio. Hay personas que decididamente no quieren hablar que están conformes con ser mudas; que no; lo son por su gusto; que se tapa la boca con la mano, como á los chiquillos á quienes dan alguna medicina desagradable; y sin embargo, á esos renuentes, á esos tercios, los haceis hablar y hasta decir lo que jamás habían pensado. No: mientras haya ojos de mujer como los vuestros, no habrá nunca hombres mudos.

En justo acatamiento á la justicia agregaré que en esa tarea de enseñar hablar os ayudan con eficacia extrema las mamás. Mamás hay que sacan un “¡yo te amo!” hasta de alguna piedra... particularmente si la piedra es preciosa.

Pero á pesar de vuestro poder y á pesar de la experiencia de vuestras mamás, soleis hallaros con algunos mudos rehacios á quienes no se consigue devolver el habla: ¡mudos como tápia! Se os mueren ó cambian de médico algunos de vuestros enfermos, señoras. Si supiérais lo que se sabe en el confesionario! ¡Cuántas de mis hechiceras penitentes me traen su mudo á la rejilla! Sobre todo, las casadas... Por supuesto que no vosotras, no las casadas que me oyen, sino las casadas de afuera, las casadas de la calle. Esas tienen un mudo con quien bailaron un vals, ó que escribieron versos en un álbum, etc., etc. En los mas de los casos resulta que ese mudo no era mudo sino que callaba porque no tenia deseos ni humos de hablar. Otros probablemente si hubieran recobrado el uso de la palabra habrían dicho alguna gran majadería. Pero como nada dijeron se suponen ellas que tendrían cosas buenas que decir. La voz del marido lo conocen ellas: es como la de los muchachos. Pero la voz de aquel mudo...! Sería tal

vez...seria probablemente...nidudablemente sería la de Gayarre!

Lo temble es que de repente, después de que hayais pronunciado en la iglesia, con acompañamiento de música y de amigas, el fermidable monosílabo, se suelta hablando ese mudo. Porque entonces charla como loro y os aturde. Primero cuando estáis aturdidas—y el aturdimiento dura poco—os parece esa voz la de un tenor asombroso. Pero, á poco la oís como es en realidad; como la voz de vuestro esposo, como la de todos, pero con el aditamento de que os impone miedo, de que os exige la sumisión, so pena de la vidad, de que, mañana, por el mandato imperioso de esa misma voz, vuestros hijos tendrán que aborreceros....

Os...vosotras...¡qué he dicho! La elocuencia arrebatada, arrastra...¡perdodadme! Hablaba con las señoras de allá afuera: no con las que vienen á arrodillarse en mi confesonario.

Porque debo decirlo aunque no lo creáis, aunque os escandalicéis: hay señoras que tienen ó han tenido amantes... Pocas...si...muy pocas...pero algunas. ¡Libreme Dios de ser duro con ellas! La iglesia de que soy párroco se llama Indulgencia y la Imagen más venerada en ella es la Virgen del Perdón. Para que nosotros los sacerdotes perdonemos, nos obligan á ser célibes. Si fuéramos casados habría un pecado que no podríamos perdonar. Pero como sólo de nombre somos padres, perdonamos.

¡Sábe Dios—y yo también sé—cuántas de ellas van á otro por que el marido las echa, como propietario despiadado, del que habían escogido para habitarlo; para hogar! ¡Sabe Dios las blasfemias, los horrores, las infamias, que dije ese ex mudo, después de pronunciar el sí delante del altar! Pero ese capítulo de disculpas, este juicio final de algunos hombres que no tienen derecho á ser médicos de su honra, por que ellos mismos la enfermaron, será asunto de otro sermón. En el de ahora hablamos solamente de los mudos.

También algunas de mis penitentes me hablan de mudos actuales, de los mudos *post nuptias*, no de los que vagan allá en el alba de la virginidad, no del primo tímido, no del poeta soñado, no del guapo mozo que bailaba vals, no de los que se fueron, sino de los que vienen: del que se sienta junto á ellas en el canapé, del que sube al palco y les habla de la ópera...y nada más de la ópera; de aquel á quien las palabras se les salen por los ojos y no pueden brotarle de los labios. ¡Qué misterio; señoras mías! Acaso esos mudos, si hablaran, serían los amantes menos peligrosos! Hablo por de contado, en sentido mundano, porque ya tengo dicho que soy un sacerdote laico. Y serían los menos peligrosas porque esa falta de voz acusa exceso de emoción; porque en ese silencio pasa callado el amor; porque respetan; porque están en el caso del joven inexperto que enamora á una soltera y que ronda su calle y que tiembla al escribir la primera carta y que desea casarse...con la única y grave diferencia de que la soltera de ellas ya es casada.

Y como estos mudos que no hablan continúan callando, llega entretanto el mudo audaz, el de rápida curación, el que cree que á él se le debe todo, el fátuo ó el atrevido ó el casual ó el que paga, y ese el malo, digo, es el más malo, porque ese siempre desprecia y corrompe de seguro.

En mi opinión, para impedir que algunos mudos hablen tonteras, al empezar á hablar, cuando solteros, que otros vuelven á en-

mudecer después del matrimonio; y que, no pocos, hablen algún día y en mala hora, lo que debe hacerse es hablar mucho. Y para esto voy á dar algunos consejos, no á vosotras, sino á vuestras amigas. Hay un hablar. Y desde luego os digo que hablar con los ojos es muy malo, porque casi siempre se dice ó se oye, ó una mentira ó un disparate. Y también os advierto que hay dos palabras temibles en castellano, puntualmente las que por arterias y mañas del idioma son las más fáciles de pronunciar: el *Sí* y el *No*. Las demás son gente menuda. Cuidaos, pues, de ellas, y atendedme.

La mujer, antes de casarse, cree que ya hizo hablar al mudo desde el momento en que éste le envió una carta encabezada por estas palabras, que suele ser todo el prólogo de un drama:

SEÑORITA:

Desde esos dos puntos el novio empieza á hablar hasta por los codos y hasta por el balcón y de la ventana. La novia hace lo mismo, y en verdad, esos dos habladores son dos mudos. Porque hablan de la flor; del ramillete, del vestido, del baile, de la amiga, de un desconocido ó conocido de vista que se llama el amor, y de otras diversas cuchicherías; pero de lo importante, de lo grave, de lo trascendental, de sus respectivos caracteres, de sus mutuos sentimientos, de como viven, de como han de vivir, no hablan nada. Es el suyo, en resumen, un diálogo de dos mudos, oído por una sorda corta de vista: la mamá. Y por que nada hablaron, antes del matrimonio, los dos novios, veis á tanfos casados que handan por ahí del brazo, muy juntitos y con los ojos muy tristonos de los bueyes que van tirando el arado.

Tal parece que este contrato de por vida se hace á hurtadillas de la verdad y de la moral. Que hablen los prometidos, ¡pero que no se digan nada! Que se vean ¡pero que no sepan quiénes son! Al novio le ponen un centinela en la sala, tal vez no para cuidarlo, sino para que no se les escape; y á la novia la sujetan á la vigilancia del contra resguardo doméstico, para que no introduzca un contrabando. Y pasades algunos meses de este jugar á las escondidillas, se casan dos desconocidos, para conocerse, á poco, demasiado. Hay, pues, antes del matrimonio, mudos por compromiso y mudos por su voluntad. De los primeros ya hablé: son las víctimas. Los otros... suelen ser los verdugos. En el noviazgo, en la Escuela Preparatoria del matrimonio, se enseña á hablar de los mudos, pero nada más les enseñan tres palabras, que son las que consideran fundamentales del idioma, ó primero: *Te amo*. Y luego *Sí*. Entre aquella frase y éste monosílabo abren un paréntesis que, por lo común se deja en blanco, ó se llenan con dibujos, con florcitas, con besos y otras monerías. Después del matrimonio los mudos empiezan á hablar largo y tendido... y entonces suelen decirse cosas que no son para oídas.

Por lo mismo aconsejo que los novios hablen mucho y en castellano claro antes de casarse y por lo mismo deseo también muy vivamente que Dios les devuelva el habla á las mamás, para que griten menos cuando se metan á políticas.

Después del *te amo* y antes del *Sí* es cuando se les debe de soltar la lengua á las futuras cónyuges.

Respecto á los mudos voluntarios, de ambos sexos, diré poco, en atención á que

realmente y por mas que predique en la iglesia de la indulgencia, me resisto á perdonarlos. Que un hombre ó una mujer estafen una vida, es delito imperdonable. Un jóven simpático dice con verdad ó sin ella á una señorita: *quiero á usted*. Si la quiere, necesita para ser querido á su vez, tener algunas cualidades. Pongamos que no las tienen: en tal caso se las fabrica, engaña, miente, se les roba. Ha comprado con moneda falsa una virginidad, un cuerpo, un alma? Qué el amor es disculpa? Nó, señoras! También hay pobres á quienes les gustan mucho las piedras preciosas; pero si no tienen para adquirir las y las hurtan con astucia ó engaño del escaparate, no se les llama pobres enamorados, sino viles ladrones. A esos mudos que ya dijeron: SEÑORITA... les pregunto la felicidad de esa virgen por donde iba su camino, y entonces fueron mudos los infames.

Otro joven simpático—pongo ahora por caso—le conviene á una niña casadera. Le conviene porque es buen mozo, porque tiene dinero, porque tiene porvenir (como se dice malamente) ó nada más porque desea casarse. Y para que no se vaya, para que crea en ella, para uncirlo á su vida, como se unce un buey á la carreta cargada de paja, le finge amor, le finge virtudes, le esconde todo lo malo, todo lo ruin, todo lo putrefacto que ha de llevarle en dote; le habla mucho delante de la mamá encubridora y cómplice, de su modestia, de su humanidad, de los males que que son otras mujeres... y habla mucho, habla mucho... ¡y qué muda que es esa habladora!

Ya veis, mis oyentes, cómo la mudeces enfermedad harto común. Acompañadme ahora á pedir al Altísimo que muchas hablen y que algunas callen.

Así sea.

EL DUQUE JOB.

A la libertad.

ODA.

No armada del puñal de la venganza.
Ni teñida la veste en sangre impura.
Tal como la forjó vuestra locura
O torpe iniquidad;

Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdón sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente:
Tal es la libertad!

Hija de Dios, de su bondad esencia;
Don el más alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino
Al hombre se ocultó;

Negra ambición, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía
Tal vez la encadenó....

Mas no puede morir: lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo:
Ni el hacha enrojecida del verdugo
Enerva su virtud!

Del seno tenebroso de la muerte,
Insultada talvez, jamás vencida,

Cual su padre inmortal, torna á la vida
Con nueva juventud!

Poco son á humillarlos los tiranos!
Que el mundo ve y conose sus derechos;
La oprimen ¡ay! con sus bastardos hechos
Mil émulos y mil;

Que do el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones
Y hacen servir los pueblos y naciones
A su torpeza vil!

Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crimen y el error.

No ha menester la libertad, bandidos
Del estruendo y rencor del fiero Marte;
Símbolo del perdón es su estandarte,
Su blando imperio amor!

Y lidia, sí;—pero en leal palestra;
Atacad, jamás provocadora;
Siempre grande en la lid, nunca opresora
Que es numen celestial;

Y nunca armó su prepotente diestra
El odió, ni el temor, ni la venganza;
Jamás para vencer urdió asechanza
Ni usó traidor puñal!

¡Pueblos! No es el rencor, ni la codicia
Ni la torpe ambición, ni la impía guerra.
Los símbolos que anuncien á la tierra
Que ya lució su edad:

Si veis orden y paz, amor, justicia,
Adunados reinar en grata calma:
Alzad entonces al Creador el alm:
Esa es la libertad!

JOSÉ H. GARCÍA DE QUEVEDO.

Lo más fácil.....

(PARA COSTA RICA ILUSTRADA.)

Oh Maria, esta vez, te lo aseguro,
Le he de hablar á tu madre, dije yo;
Y la dulce María replicóme,
Llena de susto y de cougoja,—nó.
Ella juzga á los hombres impostores,
Nunca consentirá, yo bien lo sé,
Y dice que las niñas que se casan
Se arrepienten después."

Pues he de hablar, entonces, á tu padre,
Dulce María, al punto contesté.
—"Mi padre me idolatra con ternura,
Te expones, cuando menos, á un desdén;
Dice que soy su encanto, y su esperanza
Y su vida;... no le hables, por favor,
De fijo, te anonada su respuesta,
Va á decirte que *no*."

—Para poseerte, entonces, dime ¿qué hago
Dulce María, mi bendito amor?...
¡Con su crueldad tus padres, te lo juro,
Van á hacer que me muera de dolor!
—;"Oh no hables de morir,—ella me dijo,
El camino sabrás que has de seguir:
Puesto que ellos se oponen, lo más bueno
Es que me hables á mí!"

Washington, 1891.

ROMÁN MAYORGA RIVAS.